

SEGUNDO LLORENTE

**CUARENTA AÑOS
EN EL CÍRCULO POLAR**

ANTOLOGÍA

SÉPTIMA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2021

Antología preparada por Amando Llorente SJ y José A. Mestre.
Las fotografías han sido cedidas por el Archivo de la Provincia de Oregon,
de la Compañía de Jesús, a la que pertenece la misión de Alaska.

© Ediciones Sígueme S.A.U., 1990
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tel.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2098-7
Depósito legal: S. 249-2021
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

| | |
|---|----|
| <i>Presentación</i> , de José A. Mestre | 11 |
| <i>Bibliografía del padre Llorente</i> | 13 |
| <i>Prólogo. Mi hermano Segundo, misionero de Alaska</i> , de Amando Llorente | 15 |

I

LA TRAVESÍA Y PRIMERAS EXPERIENCIAS

| | |
|---|----|
| 1. Hacia Alaska | 25 |
| 2. Arribando a la tierra de promisión | 43 |
| 3. Mi primer viaje invernal en trineo | 53 |
| 4. Peripecias de Cuaresma | 63 |
| 5. Mi primer verano | 79 |

II

LA TUNDRA IMPLACABLE

| | |
|---|-----|
| 6. Viaje a Hooper Bay | 87 |
| 7. En trineo para salvar el alma de Juan Felipe | 131 |
| 8. La Cuaresma de 1956 | 135 |
| 9. El mes de mayo en Akukurak | 141 |
| 10. El deshielo | 149 |
| 11. Viaje fluvial accidentado | 157 |
| 12. El agosto esquimal | 167 |
| 13. Los mosquitos | 175 |

III

EPISODIOS ALASKEÑOS

| | |
|--|-----|
| 14. Peligros en el aire | 181 |
| 15. Frío y bautizos | 189 |
| 16. Ejercicios espirituales en la isla de las Zanahorias | 195 |
| 17. Día de campo en Palmer | 205 |

| | |
|---|-----|
| 18. El martirio de la paciencia | 209 |
| 19. Villanueva, la aldea esquimal cristiana | 213 |
| 20. Pescando salmones | 221 |
| 21. King Island y el padre Lafortune | 223 |
| 22. Cruzando el Yukón | 231 |
| 23. Resurgiendo de las ruinas | 235 |
| 24. El anillo olvidado | 245 |
| 25. Taciana se quiere morir | 253 |
| 26. Los perros de un trineo | 261 |
| 27. Navidad en Alaska | 269 |
| 28. Mi hermano Amando en Alakanuk | 281 |

IV

PERSONAJES Y AVENTURAS

| | |
|--|-----|
| 29. El padre Yetté, un misionero erudito | 287 |
| 30. El padre Delon, un superior intrépido | 289 |
| 31. Tres Hermanas de la Nieve | 295 |
| 32. Alfredo Murphy, de trotamundos a misionero | 303 |
| 33. El veterano hermano Hess | 309 |
| 34. La anciana María Nazloj | 311 |
| 35. El padre Tomás Cunningham | 313 |
| 36. Pedro Jorgensen | 315 |
| 37. Kris, el escandinavo | 319 |
| 38. La gente de Kalskag | 325 |
| 39. Raquel, la rústica de Kotzebue | 331 |
| 40. Jorge, el tramposo | 335 |
| 41. Mi padre, mi madre | 337 |

V

LA POLÍTICA

| | |
|------------------------------------|-----|
| 42. Mi paso por el Congreso | 349 |
| 43. Temas de interés público | 365 |

VI

SER MISIONERO: EVANGELIZACIÓN Y ESPIRITUALIDAD

| | |
|--|-----|
| 44. Los tres clavos del misionero | 373 |
| 45. Evangelizando a orillas del río Kwiguk | 377 |
| 46. Valor en los aspirantes a misioneros | 381 |

| | |
|--|-----|
| 47. La verdadera alegría del verdadero misionero | 389 |
| 48. Misioneros y misioneras «de deseo» | 391 |
| 49. Por un mundo mucho mejor | 397 |
| 50. Catequesis | 401 |
| 51. Acción y contemplación | 405 |
| 52. Balance de beneficios | 409 |
| 53. Camino de santidad | 413 |
| 54. Las monjas | 417 |
| 55. Hablando a solas con el Señor | 419 |
| 56. Cómo fueron los santos | 423 |
| 57. La fuerza del misionero solitario | 425 |
| 58. Veinticinco años de sacerdote | 429 |
| <i>Epilogo</i> | 437 |
| <i>Cronología del padre Llorente</i> | 443 |
| <i>Mapa de Alaska</i> | 445 |

PRESENTACIÓN

JOSÉ A. MESTRE

En cuanto corrió la voz de la muerte del padre Segundo Llorente SJ, a su hermano, el padre Amando, le llovieron de todas partes cartas y más cartas que, a la expresión de los sentimientos de pésame y felicitación, unían una súplica: «¿Cómo y dónde conseguir sus libros?».

La respuesta a esta pregunta no pudo ser otra que lamentar el que todas las ediciones de sus libros estuvieran agotadas.

Al comentarlo con nosotros, un grupo de profesionales, miembros de la Agrupación Católica Universitaria de la que el padre Amando es director y que, además, formamos el «Fórum XXI», le propusimos la idea de publicar una antología de sus mejores libros. El padre Amando, a quien su hermano había repetido muchas veces que dispusiera libremente de sus obras, libros y escritos, aprobó la sugerencia y aquí está el resultado.

A los que no conocíamos en su totalidad los libros del padre Segundo Llorente nos ha sorprendido su contenido literario, anecdótico, aventurero y espiritual. Nuestro único problema fue qué seleccionar, porque todo resultaba enormemente interesante. Al final creemos haber escogido una muestra de ese acerbo inagotable, evitando en lo posible repeticiones de ideas, episodios y situaciones que, durante cuarenta años en Alaska, inevitablemente se duplican.

Sin embargo, con esto no hemos hecho más que abrir un capítulo de algo que va a tener grandes repercusiones. El padre Segundo Llorente no va a morir a secas. Cada vez se está hablando más y más de él, y no dudamos de que llegará el día en que la Iglesia incluirá su nombre en el libro de los santos.

Pronto surgirá quien quiera investigar su vida de un modo más completo y escribirla para la edificación de los demás. Habrá

igualmente quien quiera profundizar en su vida espiritual, fuente de su valor heroico e increíble.

También existen miles de cartas que él escribió a personas de todas las edades, estados y condiciones: jóvenes, casados, seminaristas y, sobre todo, cientos de religiosos. En ellas hay una mina espiritual que en el futuro alguien habrá de explotar para bien de la Iglesia.

Por el momento, nosotros nos contentamos con poner al alcance de todos esta antología, como muestra y testimonio del arte, valor, simpatía y santidad del padre Segundo Llorente, misionero durante cuarenta años en el círculo polar ártico.

Hemos dividido el inmenso material en seis partes. Las dos primeras recogen principalmente una selección de sus primeros artículos, escritos para la ya extinta revista *El siglo de las misiones*, que se publicaba en Bilbao, España. En su momento, todos ellos fueron recopilados y publicados en los libros que llevan por títulos *En el país de los eternos hielos*, *De la desembocadura del Yukón*, *Crónicas akulurakeñas*, *En las costas del mar de Bering* y *Trineos y esquimales*.

Las dos partes siguientes ofrecen una selección –muy representativa, a nuestro juicio– de los acontecimientos, episodios y personas que se multiplican a través de los escritos del padre Segundo, durante los largos años que vivió en el círculo polar. En el reverso de cada portadilla se indica la fuente o el libro del que se toma cada texto, con la sigla correspondiente.

La quinta parte, que registra el paso del padre Segundo por la política como diputado del Congreso estatal de Alaska, está tomada de *28 años en Alaska* y de *Memoirs of a Yukon Priest (Memorias de un sacerdote en el Yukón)*.

La última parte presenta una pequeña muestra de la enorme cantidad de escritos sobre temas espirituales y de evangelización diseminados por todos sus libros.

Los materiales escritos originalmente en inglés han sido traducidos y adaptados libremente por nosotros. Donde resultaba necesario adaptar y abreviar, se trató de seguir el espíritu del autor. Aun así, el lector atento encontrará, sin duda, pasajes que no reflejan cabalmente la agilidad, el entusiasmo y la simpatía del autor, por lo cual pedimos disculpas.

Por último, a lo largo de las páginas que siguen se han distribuido fotografías que, aparte de ilustrar la narración y de resaltar hechos, ideas o testimonios que estimamos de gran interés, harán aún más amena la lectura.

BIBLIOGRAFÍA DEL PADRE LLORENTE

Aparte de incontables artículos publicados en la revista *El siglo de las misiones*, el padre Llorente publicó las siguientes obras (entre paréntesis, las siglas con que se citan a lo largo del libro):

- En el país de los eternos hielos* (PEH), Bilbao 1939 (años 1935-1937).
- En las lomas del Polo Norte* (LPN), Bilbao 1942 (años 1938-1941).
- Aventureros del Círculo Polar* (ACP), Bilbao 1942 (años 1938-1941).
- De la desembocadura del Yukón* (DDY), Bilbao 1948 (años 1941-1948).
- Crónicas akulurakeñas* (CA), Bilbao 1948 (años 1941-1948).
- A orillas del Kusko*, Bilbao 1951 (años 1948-1950).
- En las costas del mar de Bering* (CMB), Bilbao 1953 (años 1950-1952).
- Trineos y esquimales* (TE), Bilbao 1957 (años 1952-1956).
- Así son los esquimales* (AE), Bilbao 1963 (años 1956-1958).
- 28 años en Alaska* (28AA), Bilbao 1963 (años 1959-1963).
- Desde Alaska* (DA), Palencia 1946 (cartas).
- Alaska y Anking* (AA), Palencia 1952 (cartas).
- Memoirs of a Yukon Priest* (MYP), Washington 1990.

I

LA TRAVESÍA
Y PRIMERAS EXPERIENCIAS



Al llegar a Akulurak, 1935

PROCEDENCIA DE LOS TEXTOS: *Hacia Alaska*, PEH 25-63; *Arribando a la tierra de promisión*, PEH 69-79; *Mi primer viaje invernal en trineo*, PEH 92-102; *Peripecias de Cuaresma*, PEH 103-119; *Mi primer verano*, PEH 121-129.

HACIA ALASKA

DE SEATTLE A SEWARD

Antes de entrar en el corazón de Alaska, en aquel mes de septiembre de 1935 viajé durante seis días desde Seattle hasta Seward en un barco de seis mil toneladas perteneciente a la «Compañía Naviera Alaskeña».

El primer día pasamos por el estrecho que forman la isla de Vancouver y la costa canadiense, ambas pobladas de árboles, con el mar como una balsa de aceite.

El segundo día también cruzamos estrechos angostísimos, bordeando islotes, con la costa canadiense siempre a la derecha y el mar en una paz octaviana, alterada únicamente por alguna que otra ballena que sale a hacer piruetas a la superficie, o por focas nadadoras que alcanzan el barco y lo dejan al medio kilómetro.

El tercer día llegamos a Ketchikan, la primera ciudad de Alaska. Tiene cuatro mil habitantes. Las dos terceras partes de las casas –todas de madera– están levantadas sobre plataformas de tablones sostenidos por maderos clavados en el mar. Entre los dos barrios –el indio y el blanco– está la iglesia y casa de los padres jesuitas, y junto a la iglesia se levanta uno de los edificios más respetables de la población: el hospital, propiedad de las Hermanas de la Caridad. A la sazón había seis que atendían con esmero lo mismo a indios que a blancos, lo mismo a católicos que a protestantes o ateos, pues su hospital es el único y a él van a parar todos los enfermos.

Al cuarto día llegamos a Juneau, capital de Alaska, ciudad de cinco mil habitantes, centro minero de importancia y con bosques multiseculares en las afueras, que proveen de material a las sierras y ebanisterías. Allí vivía el vicario apostólico, monseñor

Rafael Crimont SJ, con quien mantuve una grata charla durante las tres horas que paró allí el barco.

El quinto día es el más temido por todos los pasajeros. El barco tira una diagonal por el golfo de Alaska y los cocineros no guisan más que la mitad o un tercio de la ración ordinaria, pues saben por experiencia que una gran parte de la tripulación se marea lo suficiente como para no bajar al comedor. Por no singularizarme, yo también me mareé, y así puedo hablar por experiencia.

El último día nos llevamos todos una gran sorpresa. El barco se metió por unas cañadas entre montañas de nevadas cimas, entrando en una bahía sin salida. De repente, el termómetro empezó a bajar a tal velocidad que parecía que al mercurio le había entrado miedo y quería esconderse en la ampollita.

De pronto, se vio un monte de hielo macizo, o sea, el glaciar Columbia. El barco se acercó cauteloso y, finalmente, se paró a corta distancia. Las sirenas rugieron tremebundas; el glaciar repetía los ecos. Las paredes, batidas por las olas y por la vibración del sonido, se rajan con el retumbar de los truenos en verano, y columnas gigantescas de hielo se desploman sobre el agua alterando la marea. Así se originan esos bloques de hielo flotante, inmensos como colinas, que merodean los mares norteños con evidente peligro para la navegación, tal como demostró el tristemente célebre Titanic.

Ante el glaciar Columbia, los pasajeros tiritábamos como si tuviéramos el baile de san Vito. Pero el paisaje era demasiado bello y emocionante para abandonar la cubierta.

Por fin llegamos a Seward, término del viaje marítimo. También aquí tienen los jesuitas casa e iglesia no solo para esa población —que apenas pasa de cuatrocientos habitantes—, sino también para otras estaciones limítrofes que se visitan desde aquí.

En Seward no hay más que blancos que viven del tráfico del puerto. Es el lazo de unión entre el interior de Alaska y el mundo civilizado. Cuando en 1914 las minas de oro prometían convertir Alaska en una verdadera Jauja, el Gobierno yanqui abrió un ferrocarril hasta Fairbanks, a ochocientos sesenta kilómetros de Seward, en el centro de Alaska. Las minas vinieron a menos y el tren —aunque va sobreviviendo— ya no recorre el trayecto más que una vez a la semana.

En este tren tuve el honor de sentarme dos días cabales. Digo «el honor» porque, aunque al fin del viaje queda uno más molido que don Quijote en la aventura de los yangüeses, la novedad del panorama paga con creces el molimiento.

Como el barco atracó un día antes de la llegada del tren, tuve que matar ese día en Seward lo más distraídamente que pude. El misionero estaba ausente. Tomé posesión de la casa, tecleé al azar en el armonio y recé pausadamente el breviario. Después de silbar y tararear con las manos en los bolsillos, mirando a las paredes, recordé que había prometido cartas a ciertos amigos y me senté a escribirlas, hasta que se me helaron los pies. Salí a dar una vuelta, pero el pueblo era tan pequeño que a la media hora ya estaba de nuevo contemplando las paredes de la casa-misión. El tren llegaría a las siete de la mañana siguiente y haría una breve parada. Me acosté aburrido al ponerse el sol y, cuando ya quería dormirme, la sirena del barco anunció que dentro de media hora volvería este a desandar el camino en dirección a los Estados Unidos. Es decir, que el barco se volvía y me dejaba a mí en aquel puebluco esperando un tren que me había de llevar al Yukón, donde otro barco me llevaría por el corazón de Alaska camino de Siberia.

¡Adiós a todo lo conocido! Cuando, al cabo de media hora, zarpó majestuosamente el barco, yo me vi solo en una habitación oscura con cuatro maletas junto a la cama y docenas de perros aullando a veinte pasos de mi ventana.

La santa misa, que dije solo al amanecer, me infundió alientos y me llenó de coraje. Con este recobré el buen humor.

JUNTO A LA VENTANA DEL TREN

Poco después de salir el sol, me vi sentado junto a la ventana del tren dispuesto a no dejar pasar ni un milímetro del paisaje sin posar en él los ojos ávidos de vistas alaskañas.

A cinco kilómetros de Seward se comienza la ascensión de unos montes elevadísimos. La pobre locomotora –de hechura antediluviana– gruñe y forcejea, y a paso de buey nos va subiendo a unas alturas considerables.

Vienen luego cadenas y más cadenas de cordilleras. Por fortuna, ese día hizo sol y pudimos admirar las nieves perpetuas en

cumbres inaccesibles. Las laderas estaban cubiertas de árboles y los valles estaban tapizados de hierba silvestre, maleza y arbustos raquíticos.

Antes de llegar a las llanuras centrales, pasamos por una región volcánica, que fue la que más llamó la atención de la docena de pasajeros que íbamos ese día. A corta distancia unos de otros, se yerguen enhiestos los conos más perfectos que el geómetra más habilidoso podría fabricar. Volcanes extinguidos desde tiempo inmemorial, estos conos se pierden entre las nubes coronados de nieve. Se aprecia en ellos perfectamente la línea horizontal donde termina la vida vegetal, luego el círculo rocoso y estéril y, al fin, la nieve apelmazada, de la que se desprenden acá y allá arroyuelos que bajan rompiéndose entre piedras y cascadas y fertilizan los valles solitarios. Con frecuencia, entre cono y cono se ve un glaciar, que añade variedad y belleza al ya de por sí encantador panorama.

Detrás de esos conos, entre aquellas cordilleras, no se sabe lo que hay. Desde el día de la creación hasta hoy, aquella naturaleza virgen y bravía da gloria a Dios a su modo, sola y sin testigos, y es de creer que seguirá envuelta en los pliegues de la soledad y del misterio hasta el día del Juicio.

Lo que más me extraña es la soledad del ambiente. Los pasajeros parecemos pasmados, y hablamos en voz baja y con intimidad, como si estuviéramos solos en alta mar. En las primeras siete horas de marcha no vimos arriba de veinte personas.

De vez en cuando topábamos en la vía con un vagón destaralado, donde vivían cuatro o seis hombres barbudos y desmeledados. Los tales vagones ostentan el honroso nombre de «estaciones», y el tren acorta la marcha al llegar a ellos, les tira un par de cajas de conservas y un fajo de cartas y revistas, y acelera la marcha camino de la próxima «estación».

Esos obreros son empleados del Gobierno para reparar desperfectos en la vía. Es curioso verlos coger al vuelo el fajo de cartas —como un perro un pedazo de pan—, repartirlas tumultuosamente, rasgar el sobre y abismarse en la lectura moviendo la cabeza y dibujando sonrisas... Porque nada hay tan placentero en Alaska como recibir una carta.

Al escurrirse el tren como culebra por entre aquellas laderas mayestáticas, va paulatinamente dejando la llamada Alaska aus-

tral para internarse en la verdadera Alaska, la que todos tenemos en nuestra fantasía: la Alaska boreal.

Pasada Anchorage, población importante por residir en ella casi todos los empleados en barcos fluviales, aviación y vía férrea, entramos en unas llanuras verdes y encenagadas, tan planas y monótonas que allí no hay más límite que el horizonte, infinito como el océano.

Al atardecer divisamos unos picachos blancos perdidos en las nubes, y a medida que nos acercábamos se dibujaban con más precisión los contornos del formidable McKinley, el pico más elevado de toda Norteamérica. A la puesta del sol pasamos por un recodo desde donde se lo ve perfectamente.

Ya de noche llegamos al hotel Curry, donde para el tren a fin de que los pasajeros puedan pernoctar en él con toda comodidad.

En mi cuarto había una consola con adornos de muy buen gusto. La convertí en altar y al amanecer dije en voz baja la santa misa, mientras en las habitaciones próximas surgían ronquidos mitad graciosos, mitad desesperantes.

Todo aquel día cruzó el tren llanuras aplanadoras, alteradas únicamente por cerros y colinas de arbolado pobrísimo, hasta que, a eso de media tarde, llegamos a Fairbanks, fin de la línea y población más importante de Alaska boreal.

Como el barco que me había de llevar río abajo no saldría hasta dentro de una semana, tuve la oportunidad de recoger datos sobre la vida y las costumbres de estas gentes.

Las minas de oro de Fairbanks son las únicas que siguen dando con relativa generosidad el precioso metal.

Los blancos lo han acaparado todo. Han arrinconado a la escasa población indígena y han dado a estos alrededores un aspecto de civilización que sorprende a los recién llegados. Hay más de cien automóviles.

Pero, tal como me informaron, ni Seward, ni Anchorage, ni Fairbanks son Alaska. Aquí hay tren y teléfonos y automóviles y un campo de aviación modélico. Aquí, quien tiene dinero puede adquirir las mismas cosas que se venden en Nueva York. La verdadera Alaska comienza a las veinticuatro horas de salir de Fairbanks. Y cuanto más al oeste se camina, más se palpa la realidad típica de Alaska.

Y así fue. En tres semanas de viaje hacia el oeste, pude convencerme de que, en efecto, la verdadera Alaska se encuentra en las orillas del caudaloso Yukón, y todavía más en las planicies de su desembocadura, donde habita el esquimal de pura cepa con sus costumbres tradicionales.

NENANA

Por fin llegué a Nenana, donde debía encontrar el vaporcito que me había de llevar mil doscientos kilómetros en dirección a Siberia. Pero el tal vaporcito había sufrido averías y no llegaría hasta «dentro de unos días». ¿Cuántos? Nadie lo sabía a punto fijo.

Un indio despabilado me puso al corriente de todo y, en un cuarto de hora, di con el blanco que guardaba la llave de la casa del misionero. Se alegró de verme y me prometió llevar a misa, a las ocho del día siguiente, a todos los católicos de la población.

Al anochecer fui a cenar a una taberna, donde me sentaron junto a tres hombrachones que devoraban como mastines, escupían por el colmillo y hablaban de dinero. En la mesa había un tarro con este letrero: «Aceitunas andaluzas». Las miré con una ternura exagerada, mientras pensaba para mis adentros: «¿Será posible que sean estas aquellas aceitunas que yo vi acarrear en la vega de Granada, las que colgaban de aquellos olivos espesos bajo los cuales me senté cien veces a reposar en mis caminatas a Sierra Elvira?». Y, sin más, ordené que me sirvieran una docena. Aquellas aceitunas eran paisanas mías y estaba seguro de que preferían que las comiese yo en vez de aquellos extranjeros.

Pasé en Nenana seis días. Un día llegué a reunir once personas en misa. Los demás días, seis u ocho. Antes de empezar la misa, las juntaba delante de la estufa y les echaba una platiquita y les hablaba de Jesucristo. Todo era nuevo para aquellas cabezas. Por lo menos ya saben cómo se hace un acto de contrición, para cuando les llegue la última hora.

Se ensancha el corazón al pedir a Dios por la salvación de esta pobre gente. Dios quiere que le pidamos eso, y así lo da Él a sentir.

Por fin, una noche llega el vapor. Un par de sirenazos nos reúnen a todos en su derredor a la orilla del río. Saldrá tan pronto como carguen las seiscientas toneladas de mercancía que hay allí

almacenada para las diversas poblaciones a lo largo del río, en una distancia de mil doscientos kilómetros.

Yo llevo un altar portátil y tomo posesión de un camarote con literas muy majo. Como no hay otro acomodo, armo el altar sobre la cama superior, compruebo que tiene todas las garantías de seguridad posibles y me río como un nene con zapatos nuevos, pues ya estoy –como quien dice– asegurado contra incendios y en marcha, camino de mi distrito, que me espera allá sabe Dios dónde.

Sale el vapor a media noche con un cargamento respetable y media docena de pasajeros. Navegamos aguas abajo por el río Tanana, que desemboca en el Yukón. Es un río ancho y raso, con el agua más lodosa que he visto en mi vida. Las orillas están barridas por crecidas imponentes y, a cierta distancia, se ven llanuras interminables pobladas de árboles raquíuticos.

Va conmigo un matrimonio de veinticuatro horas. Él es pastor episcopaliano; ella también es episcopaliana. Van a cuidar de la misión que tienen en Tanana. Son personas muy afables y sinceras, convencidas de que el catolicismo y el protestantismo son dos caminos que convergen igualmente en la puerta del cielo.

Yo, por ser español, miro todo lo protestante con el entrecejo fruncido. Sin embargo, confieso a boca llena que esta pareja, en su corazón, eran dos almas buenas que se sacrificaban por el prójimo y que creían dar gloria a Dios salvándole almas.

NULATO

Llegamos a Nulato al amanecer.

La presencia del vapor fue saludada con una lamentación universal de perros, que despertaron a la gente con sus aullidos.

El capitán me aseguró que pararíamos «por lo menos dos horas», y con esto fui tranquilamente a buscar el campanario y a despertar al padre McElmeel SJ, para que pusiera la sacristía y el altar a mi disposición.

No tuve que despertarlo: ya venía él en busca mía y me recibió con el apretón de manos más efusivo. Me ayudó a misa y luego me llevó a ver la residencia. ¡Magnífica!

El conjunto lo forman cuatro edificios que dominan sobre el resto de la población, por este orden: la casa del misionero, con

dos padres y un hermano; la iglesia, muy hermosa, con coro y unos treinta bancos grandes con respaldo; la escuela, dos aulas muy iluminadas por unos ventanales envidiables, con calefacción, mapas, encerados en abundancia y pupitres para sesenta muchachos; y, finalmente, la casita de las monjas, tres religiosas yanquis que enseñan en la escuela y cuidan de la limpieza de la iglesia. Todo ello está hecho con material traído de «fuera» y costado por los bienhechores de la misión.

Los sábados por la noche se confiesa todo el pueblo y el domingo hay comunión general.

Los niños saben el catecismo «de corrida y salteado», como me dijo un nene a quien di unos dulces, y el padre McElmeel es el personaje más ilustre en doscientos kilómetros a la redonda. Él visita todas las aldeas del río desde Tanana hasta Holy Cross, una distancia de ochocientos kilómetros, y ha bautizado a todos los menores de diez años.

Nunca olvidaré la charla tan amena que tuvimos. Me previno contra mil peligros y me dio instrucciones para salir airoso de las situaciones más apuradas.

Él visita las cristiandades, en trineo durante el invierno y en gasolinera durante el verano. No hay aldea, por pequeña que sea, que no tenga su capilla con un cuartito adosado, que él llama «mis cuarteles».

Ahora está como quiere, pues le han mandado de ayudante un misionero joven, el padre Baud, francés, que estuvo tres años en la guerra europea tirando granadas de mano a las trincheras alemanas y recogiendo heridos, con tan buena suerte que terminó la guerra sin un arañazo. Eso sí, los nervios se le debilitaron un poco. Aún hoy, si oye de cerca un portazo, da un salto que envidiaría un gamo. Gracias a este refuerzo, ahora hay siempre un padre en Nulato, mientras el otro visita el distrito.

Sentados los dos a la mesa y en plan de preguntar, le pregunté por todo, en especial de qué vivían aquellos esquimales.

—No son esquimales —me respondió—, sino indios. Hay entre las dos razas una diferencia tan marcada como la que existe entre un árabe y un griego. En primer lugar, la lengua es diferente. Las facciones también son distintas, y distintas son las características de ambos tipos. El indio es más fuerte, más bruto, menos constan-

te, y tiene peor madera para sacar de él un cristiano fervoroso. El esquimal es más sentimental, más tierno de corazón y más paciente, aunque más tardo.

Los esquimales se extienden a lo largo del estrecho de Bering y, por el círculo polar, llegan hasta Labrador y Groenlandia. El indio habita el interior de Alaska, desde Holy Cross hasta el Canadá.

El mucho trato con los aventureros blancos ha dado origen a un tipo mestizoide que ha heredado lo peor de las dos razas, a saber: la borrachera y la holgazanería. De un borracho holgazán no se puede esperar más que miseria tanto para el cuerpo como para el alma.

Por lo que se refiere a sus medios de subsistencia, hoy día el indio, y lo mismo el esquimal, come y bebe a la moderna, por así decir. Hay una compañía, la «Comercial del Norte», que tiene un almacén en cada villorrio a lo largo del Yukón, desde Fairbanks hasta San Miguel, algo así como desde Berlín a Melilla. Esa compañía trae de los Estados Unidos, por mares y ríos, miles de toneladas de ropa, comida, hierro, zinc y toda clase de utensilios, medicamentos y golosinas. En barcazas a propósito distribuye ese cargamento por los almacenes, y en cada almacén vive un empleado blanco que tiene que pasarse los doce meses del año sentado en el mostrador, aunque a veces no vaya nadie a traficar en dos semanas.

Nótese la palabra «traficar», no comprar. El indio no tiene dinero, pero va de caza con el trineo y vuelve con tres renos, dos focas, veinte liebres y media docena de zorras salvajes. Después de una semana de fatigas y sudores, se presenta muy ufano en el almacén con las pieles. El almacenista las examina una por una y, al fin, se ponen de acuerdo en dos pares de botas de agua, seis camisas, un saco de arroz, otro de harina, otro de patatas, un gorro y una sartén. Cuando se le acaba esa provisión, pone en marcha las trampas en el bosque y vuelve al almacén con nuevas pieles que trueca por diversos artículos.

Claro que, en ocasiones, el blanco trampea. Pero no crean ustedes que es lo más ordinario. El indio no es tan embotado como algunos se lo imaginan. Sabe perfectamente lo que valen sus pieles y no se deja engañar.